

La economía: ¿ciencia de la escasez o del excedente?

LEANDRO RODRÍGUEZ

Resumen

En este trabajo aportamos una reflexión crítica, que creemos novedosa, sobre la forma en que es entendida y practicada la ciencia económica por parte de los teóricos del «saber convencional», cuyo eje es la noción de «escasez relativa». Nos valdremos para ello de la aplicación, con cierta libertad, del análisis socio-metafórico propuesto por Emmánuel Lizcano y de algunas corrientes epistemológicas opuestas al objetivismo representacionista. En esa línea, además, pondremos revalorizar la noción de «excedente económico» como categoría válida para pensar la situación socio-productiva de nuestro tiempo. Esperamos contribuir con la necesaria puesta en cuestión de un aspecto significativo de nuestra disciplina que suele darse por sentado.

PALABRAS CLAVE: economía ortodoxa, escasez relativa, excedente

Abstract

In this work we provide a critical reflection, which we believe is novel, on the way in which economic science is understood and practiced by the theorists of "conventional wisdom", whose axis is the notion of "relative scarcity". We will use the application, with some freedom, of the socio-metaphorical analysis proposed by Emmanuel Lizcano and some epistemological currents opposed to representationalist objectivism. In this line, we will also propose to revalue the notion of "economic surplus" as a valid category to think about the socio-productive situation of our time. We hope to contribute with the necessary questioning of a significant aspect of our discipline that is usually taken for granted.

KEYWORDS: orthodox economy, relative scarcity, surplus

La ciencia económica y su definición

*A medida que nos evadimos
de las anticuadas y retorcidas
preocupaciones asociadas con la pobreza,
estamos en condiciones de contemplar
por primera vez las nuevas tareas y
oportunidades que se encuentran ante nosotros*

JOHN KENNETH GALBRAITH (1958)

La vertiente dominante de la ciencia económica, cuyos exponentes mantienen diferencias en diversos planos —no existe una única ortodoxia—, parece haber alcanzado cierto consenso en un aspecto clave: la definición de la disciplina. Llegar a este punto no es poca cosa ya que se trata, nada menos, que del recorte del objeto de estudio de la economía como ciencia, y del alcance del problema de la que esta debe ocuparse. El punto de partida de tal acuerdo es un concepto central: el «principio de la escasez» o «escasez relativa». Es una idea que los teóricos de la literatura económica ortodoxa —incluso de cierta heterodoxia— consideran un «hecho» de la realidad, evidente por sí mismo. Para esta postura, solo es cuestión de reconocer que los recursos de toda sociedad son *finitos* (limitados) mientras las necesidades y deseos humanos son infinitos (ilimitados). De allí se deriva que los recursos (limitados) serán necesariamente escasos, frente a deseos y necesidades ilimitados (escasez *relativa* a las necesidades).

Los manuales clásicos de nuestra disciplina, al estilo Paul A. Samuelson y William D. Nordhaus (Economía), Paul Krugman, Robin Wells y Kathryn Graddy (Fundamentos de Economía), Milton H. Spencer (Economía contemporánea), o Francisco Mochón y Víctor A. Becker (Economía: principios y aplicaciones), que introducen a los alumnos en el terreno económico, postulan aquella conceptualización como una verdad indiscutida. Dicen Samuelson y Nordhaus, por ejemplo:

En el corazón mismo de la economía se halla la innegable verdad de lo que llamamos ley de la escasez, según la cual los bienes son escasos porque no hay suficientes recursos para producir todo lo que deseamos consumir. Toda la economía se deriva de este hecho fundamental. (1993: 10)

La noción de «escasez relativa» sería entonces, para nuestra disciplina, un descubrimiento teórico que ha permitido precisar y delimitar el campo económico respecto de las otras ciencias sociales. Los manuales, naturalmente, complementan esta definición con otros conceptos. Sin embargo, el eje está puesto en el principio de la escasez. Esta posición pareciera predominar, por lo demás, en las carreras de licenciatura en economía de las principales Facultades de Ciencias Económicas de nuestro país, según permiten constatar los textos previstos en los programas de las materias introductorias.

En ese marco, el presente trabajo pretende esbozar una reflexión crítica del mentado concepto de «escasez relativa» como núcleo de la definición de «lo económico». Nos adelantamos en el discurrir del texto y decimos que no se trata de negar el problema de la escasez, sino de poner en evidencia sus limitaciones e implicaciones y mostrar que existen otras miradas igualmente válidas.

Para ello nos valdremos de los siguientes dispositivos conceptuales relacionados: el análisis socio-metafórico de Emmánuel Lizcano (1999; 2006) y la crítica al modelo de conocimiento «representacionista» expresada en Denise Najmanovich (2008; 2012), junto con la noción de «constructivismo» de Bruno Latour (2001; 2008). Estas ideas nos abren la posibilidad de pensar y cuestionar, desde un ángulo diferente, la concepción convencional, largamente arraigada, del objeto de estudio de la Ciencia Económica.

Abordaremos la crítica en un doble sentido. En primer lugar, el concepto de «escasez relativa» como una «metáfora naturalizada» que impide evidenciar ciertos aspectos de la definición del problema de la Ciencia Económica. En segundo término, la idea de «escasez relativa» como un esfuerzo de la ortodoxia económica por sostener el modelo «representacionista» de conocimiento científico. Analizaremos los dos aspectos por separado, para luego combinarlos en una conclusión de conjunto.

Finalmente, introduciremos el concepto de «excedente económico» como una categoría válida para pensar el sistema socio-productivo en las sociedades contemporáneas, que permite superar los estrechos límites impuestos por la definición corriente del problema económico.

La escasez relativa como metáfora naturalizada

Emmánuel Lizcano sostiene que todo concepto científico es metafórico y, por lo tanto, eminentemente social. Es una *institución* social. En la operación de conceptualizar, el *término* (concepto o noción a definir) requiere un *sujeto* (imagen que define), y en esta elección del sujeto —y su éxito/aceptación en la comunidad académica—, se ponen en juego las tramas socio-culturales e históricas (ideologías, intereses, concepciones, conflictos) de un contexto determinado. Ello es inevitable en cualquier conceptualización científica. Las metáforas son necesarias. El problema se presenta cuando una metáfora se *instituye* de tal modo que se pierde de vista la *ficción* que le dio origen.

La metáfora deviene internalizada por el saber convencional de la disciplina y por tanto queda invisibilizada y no se discute. Allí, dice Lizcano, los conceptos adquieren un poder propio y condicionan al investigador, que no los usa sino que es usado por ellos. De ese modo, la metáfora *instituyente* se transforma en metáfora naturalizada (*instituida*). El autor habla de «metáfora zombi» para definir esta idea, puesto que suelen estar muy vigentes, sólo que se olvida su carácter metafórico. Leamos al autor:

[...] este olvido de la ficción original, lejos de desactivar la potencia metafórica, la refuerza, pues al mantenerla inconsciente impide la percepción de la tensión que bulle bajo la metáfora y, en consecuencia, hace imposible el control sobre la ficción que la instituye. Cuando usamos este tipo de conceptos, más bien son ellos los que nos usan, imponiendo a nuestro discurso una lógica que nos es ajena y escapa a nuestro control. Propiamente, no se trata tanto de metáforas muertas cuanto de metáforas zombies. (1999: 42)

En definitiva, Lizcano nos invita a desentrañar el complejo de relaciones sociales que se oculta en la terminología misma de cada disciplina, tras el velo de la presunta «cientificidad», «formalización», «precisión» y «neutralidad» del vocabulario académico.¹

En ese marco, pensar la noción de «escasez relativa» como una metáfora socio-histórica naturalizada (instituida) nos permite revelar la fuerte carga evocativa y connotativa e incluso el componente ideológico incorporado en la definición ortodoxa de la Ciencia Económica. No hay que esforzarse demasiado para advertir que la idea de «escasez» constituye un eficaz condicionante para las personas que estudian y trabajan en esta disciplina. Sugiere que el problema central (fundacional) de la disciplina es que existe una insuficiencia irremediable de recursos en relación a las necesidades y deseos humanos. El *leitmotiv* de la economía es el hecho simple y poderoso de que «no alcanza para todo ni para todos». Cualquier alumno que haya asistido a un curso de introducción a la Ciencia Económica, desde la visión ortodoxa, asume e incorpora rápidamente esta «verdad» irrefutable. Es más, esa visión tiene reminiscencias religiosas (no pocas veces insinuadas en los textos) que se pueden ver en habituales expresiones como esta: «hemos sido expulsados del paraíso, donde los bienes eran ilimitados y reinaba la abundancia». El «pecado original» nos impuso el drama de la escasez (y, de paso, a los economistas).

A partir de aceptar como un hecho semejante limitación insalvable de recursos, desde la concepción ortodoxa, la lógica indica que la pregunta a la cual debería responder la Ciencia Económica es la siguiente: ¿qué forma de organización social permite utilizar esos recursos escasos de la manera más eficiente posible? Vale decir, si los bienes productivos son limitados la cuestión principal es cómo logramos su mayor rendimiento. Nuestro manual de cabecera, Samuelson y Nordhaus, dice:

[La] esencia de la teoría económica es reconocer la realidad de la escasez y averiguar entonces cómo debe organizarse la sociedad de tal manera que utilice del modo más eficiente los recursos. Es ahí donde la teoría económica hace su excepcional aportación. (2001: 4)

Es fácil advertir que esta estructura conceptual, cuyo eje está puesto en la «escasez» y la «eficiencia», es coherente, no por casualidad, con la defensa de un tipo particular de organización social: la economía de libre mercado. Ello por cuanto se reconoce que tal «sistema» garantiza el óptimo uso y asignación de los recursos —en el sentido de Vilfredo Pareto—. Como intuyó Adam Smith (1776), en tanto se «permite» a los agentes económicos invertir «libremente» sus recursos en beneficio propio, ya sean horas hombre y/o capital (propiedad), tratarán de hacerlos rendir al máximo para sacarles su mayor provecho, alcanzando sin proponérselo un «óptimo» social. Vale decir, la necesidad de ganar dinero (lucro) y evitar la pérdida de mercados (presión competitiva) hace que los agentes económicos busquen la forma de ofrecer los bienes más valorados por el consumidor/usuario, producidos con la mejor combinación de los recursos disponibles conforme el nivel de la tecnología y la abundancia relativa de factores productivos.

¹ No podemos dejar de mencionar, para evitar una contradicción flagrante, que las ideas de Lizcano abren el mundo de las metáforas, de modo que todos los conceptos y categorías se transforman en metáforas más o menos naturalizadas, cuyo uso exige el cuidado crítico correspondiente. Aquí, sin embargo, nos centramos en el concepto de «escasez relativa» utilizando otras tantas metáforas de nuestra disciplina, que en algún momento también habrá que cuestionar. Por lo demás, siguiendo el análisis de Lizcano, lo correcto sería rastrear el origen etimológico del concepto abordado y las concepciones sobre el mismo en el momento y lugar donde fue adoptado, para descubrir allí la metáfora original. Sin embargo, tal actividad excede el propósito de este trabajo.

Según esta mirada, la «economía de mercado» impone un sistema de incentivos que favorece el mejor aprovechamiento de los bienes productivos, y estimula la innovación y la inversión. En consecuencia, la economía en tanto disciplina resulta ser la ciencia del mercado, es decir, de la propiedad privada, de la empresa lucrativa y del *laissez faire*, con algunas injerencias estatales limitadas.

Luego, las inocentes definiciones de la economía como ciencia de la escasez relativa se convierten en un poderoso dispositivo ideológico de defensa del mercado libre capitalista. Por lo tanto, la definición *metafórica* de la economía puede verse a la vez como un condicionante teórico y como una apología del libre mercado capitalista.

No parece casual que dicha noción comenzara a instalarse con mayor precisión a comienzos de la década de 1930 mediante un conocido ensayo del economista británico Lionel Robbins publicado en 1932.² En efecto, sobre el trasfondo del fenomenal crecimiento económico del siglo XIX y comienzos del XX, el contexto de la gran depresión, la propagación de las ideas marxistas y la revolución de octubre planteaban un escenario de severo cuestionamiento al capitalismo como sistema de organización social. Justamente, la gran depresión podía ser interpretada en clave marxista como una crisis de «sobre-producción», que ponía en evidencia las contradicciones del sistema y sus enormes desigualdades.

Para el pensamiento marxista, una vez que la «revolución burguesa» enterró los últimos vestigios del régimen feudal —con su economía rural de subsistencia—, y desató colosales «fuerzas productivas», llegaba el momento de que el proletariado haga lo propio con el sistema de las mercancías. Karl Marx rechazó la idea de que el capitalismo sea la expresión final del «orden natural» de la sociedad, identificándolo como un sistema *histórico* —por ende transitorio— de explotación, cuya lógica es la inestabilidad, la concentración de la riqueza y la exclusión. La desigualdad entonces no tenía nada de natural, sino que era inherente al «modo de producción» capitalista.

Ante ello, la economía ortodoxa tenía que reaccionar. En términos teórico-prácticos lo hizo cambiando en parte sus postulados mediante la doctrina keynesiana y el intento de «[...] eliminar los cimientos ricardianos del marxismo» (Keynes, 1973: 492). Pero es posible que, en un nivel mayor de abstracción conceptual, la metáfora de la «escasez relativa» haya sido también una respuesta frente a estos desafíos.

La ciencia económica y el modelo representacionalista

El análisis socio-metafórico del concepto de «escasez» en economía se completa con la crítica epistemológica. En la Ciencia Económica la concepción del representacionalismo objetivista aún está muy arraigada y resulta predominante. Según el modelo de la representación, el saber científico consiste en crear una imagen fiel («objetiva») de la realidad estudiada (reflejar el objeto

² El origen de esta idea podemos rastrearla en la llamada «revolución marginalista» (fines del siglo XIX), que generaliza la «teoría subjetiva del valor» (el valor de los bienes estriba en la utilidad que le dan las personas y en su escasez —utilidad marginal o de la última unidad ofrecida en el mercado—), en contraposición con los autores clásicos y el marxismo. De hecho, León Walras, uno de los precursores del marginalismo, incorpora una definición bastante paradójica de la riqueza como el resultado de la escasez. Alfred Marshall completó el triunfo de esta perspectiva, que se convirtió en una nueva ortodoxia: la economía neoclásica, de la que Robbins es parte.

en el sujeto). Lo importante es la correspondencia entre los enunciados teóricos (proposiciones) y los «hechos».

Un autor emparentado con esta idea es Mario Bunge. Para él, el conocimiento científico es objetivo porque «concuere aproximadamente con su objeto; vale decir, [...] busca alcanzar la verdad fáctica» (2005: 21). Es una concepción *simple y clara*, que se impone durante siglos en occidente, y que apenas hace unas pocas décadas comienza a ser cuestionada severamente (Najmanovich, 2012). El modelo de la representación niega la riqueza de la experiencia humana, invisibiliza los aspectos no «representados» y reduce las múltiples formas de acercarse y de abordar las problemáticas estudiadas. El representacionalismo persigue un conocimiento «positivo» (verdadero) que se supone objetivo, neutral e independiente del sujeto.

Asimismo, ello implica inmovilizar el objeto de estudio, lo cual es, al menos en ciencias sociales, muy discutible. Si la conducta humana en sociedad se supone «inamovible», se anula el espacio de libertad y creatividad que el ser humano conserva, pese a su racionalidad limitada y a los múltiples condicionamientos que lo afectan.³ Por todas esas razones, la visión representacionalista resulta muy útil a ciertos fines de una disciplina social como la Ciencia Económica. Veamos de qué forma.

La idea que analizamos en el apartado anterior de la escasez relativa, basada en que los recursos son finitos frente a necesidades y deseos ilimitados, abre una pregunta inmediata: ¿cuáles son esas necesidades y deseos? Esta es una cuestión simple y de «sentido común», al menos si se piensa en el hombre como un ser ontológicamente igual, con idéntica dignidad y derechos. Por ejemplo, la necesidad de alimentación de algunos grupos de la sociedad no es equiparable a la necesidad de otros sectores de usar combustible para paseo y distracción personal. Por lo tanto, derivar maíz, soja u otros productos alimenticios para producir biocombustibles mientras existen personas con hambre no sería una asignación correcta de los recursos. ¿Por qué? Porque existe una jerarquía de necesidades que debe tenerse en cuenta en la organización económica. Frente a ese planteo, la noción de escasez cambia totalmente, abriendo el debate sobre la distribución o contenido de la misma (la escasez de algunos es la abundancia de otros).

La respuesta de la economía ortodoxa ante la pregunta por las necesidades y deseos es una apelación al representacionalismo objetivista: la diferenciación de las necesidades y deseos es una cuestión moral, valorativa, no es un tema que pueda abordarse científicamente. No le compete a la Ciencia Económica juzgar la jerarquía y la naturaleza de las necesidades. Ese es un problema axiológico, del orden de los valores, que deberá responder cada sociedad, según sus concepciones. En todo caso, la «economía normativa» podrá realizar su aporte, pero eso no es ciencia positiva.

Con este argumento, nuestra disciplina, al menos en su vertiente ortodoxa, clausura el «análisis científico» sobre tres aspectos centrales: el contenido de la supuesta limitación de los recursos (¿Qué recursos y qué necesidades?), los objetivos del sistema económico y las posibilidades de cambio. Claramente, el presupuesto epistemológico que está detrás de esta idea es el carácter ahistórico, universal y valorativamente neutral de la Ciencia Económica, lo que sugiere la inmovilidad de su objeto (es decir, la objetividad que defiende la ortodoxia, ya comentada).

³ Los manuales económicos resuelven este problema epistemológico apelando a la «ley de los grandes números». Según esta ley, si bien algunos casos pueden salir de lo esperable, la generalidad sigue una tendencia, y eso es lo que importa científicamente. Por ejemplo, es posible que algunos empresarios no busquen la máxima ganancia sin importar las consecuencias, pero la mayoría sí lo hará, por lo cual puede tomarse como supuesto de conducta válido de la empresa la maximización de la utilidad.

Lionel Robbins lo deja claro en el ensayo antes referido. Es imprescindible, dice Robbins, «[...] separar el área neutral de la ciencia del campo más discutible de la filosofía moral y política» (1944: 33). Y en este punto hay un claro sesgo representacionista. Según la ortodoxia, conocer es representar la realidad económica objetiva mediante enunciados verificables empíricamente. No es casualidad la extendida práctica de utilización de «modelos» económicos que, para los manuales, son «representaciones» simplificadas de la realidad.⁴ Cualquier valoración del investigador tiñe de subjetividad las afirmaciones y, por lo tanto, le resta científicidad.

La economía ortodoxa mantiene el arraigo por el ideal de objetividad y neutralidad valorativa. Fue y es, positivista. La utilización de modelos matemáticos elaborados y elegantes, a partir de la llamada «revolución marginalista» (último tercio del siglo XIX), contribuye con este mito. Sin embargo, a pesar de todo, aún es válida la sentencia de Marx cuando afirma en sus *Manuscritos económicos-filosóficos* que la economía «[...] es una verdadera ciencia moral, la más moral de todas las ciencias» (Fromm, 1962: 152). Aspecto que, un poco al pasar, el propio Mario Bunge (2005: 177) termina por reconocer. Naturalmente que existen voces críticas de esta postura positivista, ninguna quizás tan brillante como la de Gunnar Myrdal, quién cuestiona el empirismo ingenuo de la disciplina.

El estrecho sendero de la ortodoxia económica y el concepto de excedente

A partir del análisis realizado, podemos arriesgar una hipótesis plausible de trabajo: la combinación de la metáfora de la escasez relativa y la postura representacionista, ambas naturalizadas y aceptadas en la «comunidad académica» convencional de nuestra disciplina, constituye un poderoso dispositivo conceptual que tiende a estrechar el camino por donde puede transitar la investigación económica considerada «científica». La noción de escasez induce una visión sesgada e interesada sobre el problema básico de la economía; en tanto el objetivismo clausura la discusión del contenido de la presunta escasez, de los fines del sistema económico y de la posibilidad del cambio social. Estas dos ideas se integran en el concepto de «escasez relativa», y forman una especie de blindaje teórico muy efectivo.

De allí que sea legítimo preguntarse sobre qué sucedería si, en los miles de cursos introductorios de economía ortodoxa en lugar de tomar *sólo* como punto de partida la escasez relativa y el objetivismo, se planteara una definición alternativa de nuestra disciplina. Una que entienda a la Ciencia Económica como *la ciencia que estudia la forma en que las sociedades producen y distribuyen bienes y servicios para satisfacer las necesidades básicas de todos y cada uno de sus miembros, procurando asimismo generar un excedente acumulable de modo de mejorar con el tiempo la situación del conjunto*.⁵ El uso social del excedente se convierte en la clave de esta definición. Tal concepción debería estar abierta a distintos enfoques y reconocer la posibilidad de la toma de conciencia de los sujetos económicos a fin de promover el cambio social y aplicar creativamente nuevas formas de organización socio-productivas. Esto implica abandonar el objetivismo inmovilista. Si fuera este el caso, quizás muchos profesionales de nuestra disciplina

⁴ La teoría económica está plagada de metáforas que evidencian el representacionismo. Por ejemplo, los «mapas» de curvas de indiferencia o las curvas de isocuantas (teoría microeconómica).

⁵ Bien podríamos decir que esta es una definición smithiana de economía.

serían agentes activos de las transformaciones y no meros «analistas neutrales» de una realidad que suponen globalmente inmutable.

En esa línea, la «metáfora» del «excedente económico» propone un horizonte de opciones más abierto que la postura ortodoxa de la «escasez relativa». Ello es así en tanto el propio término sugiere la idea de «sobrante», de una magnitud que queda luego de cubrir las necesidades básicas. Posibilita entonces adoptar una concepción no determinista del comportamiento humano, una concepción en la que el hombre se asuma como ser libre y consciente (Marx) y, por tanto, potencialmente creativo (Furtado). La propia noción de excedente lleva implícita la multiplicidad de aplicaciones que el mismo posee en potencia. Justamente la idea de excedente resulta valiosa por cuanto desnuda la estructura socio-institucional entorno a la generación, apropiación y destino del producto social, y nos pone entonces frente a múltiples alternativas.

No es casual que la noción de excedente como categoría de análisis sea excluida de la corriente principal del pensamiento económico. Desde los supuestos, la doctrina liberal-ortodoxa en su forma dominante (de raíz neoclásica), niega la existencia de tal cosa como un excedente en forma permanente. Ello en la medida de que en condiciones de equilibrio general competitivo (núcleo del paradigma neoclásico en términos kuhnianos) todos los factores son remunerados según su aporte a la producción (productividad marginal); el precio de los bienes se fija con arreglo a su utilidad en el margen, y el ahorro puede verse como una mera preferencia de consumo intertemporal (resignar consumo presente por más consumo futuro). Esta operación teórica se completa con la expulsión del campo científico positivo de las comparaciones entre personas sobre la satisfacción derivada del consumo (utilidad interpersonal). Como dijimos, el hecho de que haya estratos de la población que no accedan a un nivel mínimo de alimentación mientras otros viven en el lujo y la ostentación es un problema de axiología y escala de valores, o de la economía del «deber ser», no de la ciencia. Robbins, nuevamente, lo manifiesta con todas las letras: «La concepción de la utilidad relativa decreciente (la convexidad hacia abajo de la curva de indiferencia) no justifica la conclusión de que los traspasos del rico al pobre aumentan la satisfacción total» (Robbins, 1944: 26). En esta mirada no existe fundamento científico para la distribución progresiva del ingreso. En términos del concepto de excedente, ello significa que el consumo nunca es socialmente dispendioso y desaparece la idea de trabajo productivo e improductivo. En definitiva, como indica Maurice Dobb:

[...] un problema tal como el origen del excedente [...] no podía ni siquiera ser formulado dentro de los términos propuestos del análisis económico [neoclásico]. Por cierto que no fueron formulados y si desestimados como carentes de significación o como problemas que caían fuera de los límites de la materia. (Dobb, 1975: 192)

La noción de excedente económico es una construcción conceptual asentada, en última instancia, en la distinción entre aquellas actividades necesarias para la reproducción social (histórica y culturalmente definida) y aquellas que no lo son (Baran, 1967; Furtado, 1978). No toda actividad económica, ya sea en el ámbito de la producción, el consumo o la inversión, resulta socialmente necesaria para la reproducción social considerando el contexto histórico-cultural, aunque así lo parezca en «apariencia» según el marco institucional.

Paul A. Baran y Paul Sweezy nos ofrecen un ejemplo vigente: las enormes erogaciones en publicidad y propaganda son instrumentos de competencia (y de poder) en el capitalismo

monopolista, pero de ninguna forma pueden considerarse parte del costo necesario para la reproducción social. Esos recursos materiales y creatividad humanas, en tanto tales, bien podrían utilizarse en investigar soluciones ambientales y/o mejoras en la producción agrícola con el objeto de resolver problemas acuciantes. Entonces, no es que existe «escasez relativa» de talento científico y técnico, sino que se usa para otros fines. Otro caso más evidente, es el desperdicio de alimentos derivado de las lógicas de producción y distribución en el sistema actual. Según la FAO (*Food and Agriculture Organization-ONU*) un tercio de los alimentos producidos en el mundo se pierden en las cadenas de producción y consumo (FAO, 2012).

A modo de conclusión

En un conocido texto publicado en 1957, titulado *The Affluent Society*, Kenneth Galbraith llamaba la atención sobre la necesidad de revisar los dispositivos conceptuales de análisis de la sociedad ante transformaciones estructurales que cambian las condiciones sociales de existencia. Según el economista norteamericano, buena parte de las ideas económicas forjadas en el mundo de la «universal pobreza», en el que escribieron Adam Smith, Robert Malthus y David Ricardo, seguían vigentes en su época pese a que se había producido un «[...] radical cambio de las circunstancias básicas» (Galbraith, 1999: 46), que redundó en una sociedad de la abundancia. Esta situación del ámbito del pensamiento, sostenía Galbraith, provocaba males innecesarios e incluso perjudicaba la propia creación de riqueza.

Ahora bien, reconocer los cambios significativos y elaborar nuevas teorías acordes con los tiempos, requiere una apertura intelectual difícil de lograr si las metáforas instituyentes de la corriente dominante de una disciplina y los postulados epistemológicos con los que se nutre se encierran en un *canon* estrecho y excluyente. Ello parece suceder, y cada vez con más énfasis, en la forma de entender y estudiar el problema económico por parte de la ortodoxia.

Reiteramos: no se trata de negar la validez y la pertinencia del enfoque ortodoxo, pero sí de reconocer que es sólo una forma de abordar el análisis económico. También pueden plantearse alternativas tan rigurosas y «académicas» como la propuesta de la corriente principal, como es el caso del concepto de excedente, ignorado por el *mainstream*.

En el texto *Lecciones de Sociología*, Theodor Adorno y Max Horkheimer citan una expresión de Friedrich Nietzsche muy significativa. Dice el pensador alemán «[...] sólo puede definirse aquello que no tiene historia» (1969: 23). Una interpretación posible sería que lo que sí tiene historia, como el concepto de economía, no es susceptible de definirse sino que está *definiéndose* en forma permanente.⁶ Este es el punto central: hay múltiples enfoques que pueden ser igualmente válidos. La institución/naturalización de una metáfora socio-histórica probablemente sea un modo de inmovilizar, en el ámbito de los conceptos, ese devenir constante. Pero es imposible rechazar la diversidad de perspectivas. Quizás la epistemología constructivista, cuyos términos aclara y precisa Latour, sea uno de los fundamentos que permitirían transitar esa necesaria apertura en la ciencia económica convencional.

⁶ La expresión de Nietzsche seguramente tendrá múltiples y complejas interpretaciones filosóficas, cuestión que excede totalmente el propósito de este trabajo.

Referencias bibliográficas

- ADORNO, Theodor y Max Horkheimer (1969). *La sociedad. Lecciones de sociología*. Buenos Aires: Editorial Proteo.
- BARAN, Paul (1968). *Excedente económico e irracionalidad capitalista*. Córdoba: Pasado y Presente.
- BARAN, Paul y Paul Sweezy (1988). *El capital monopolista*. México: Siglo XXI Editores.
- BUNGE, Mario (2005). *La ciencia: su método y su filosofía*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- FROMM, Erich (1962). *Marx y su concepto del hombre*. México: Fondo de Cultura Económica.
- DOBB, Maurice (1975). *Teoría del valor y la distribución desde Adam Smith*. México: Siglo XXI Editores.
- FURTADO, Celso (1978). *Prefacio a una nueva Economía Política*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- GALBRAITH, John (1999). *La sociedad opulenta*. Buenos Aires: Atalaya.
- KRUGMAN, Paul, Robin Wells y Kathriyn Graddy (2013). *Fundamentos de economía*. Buenos Aires: Editorial Reverté.
- LATOUR, Bruno (2001). «De la fabricación a la realidad» en *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona: Gedisa.
- LATOUR, Bruno (2017). «Las promesas del constructivismo». Consultado el 12/07/2017 en URL: <<http://www.bruno-latour.fr/articles/article/087.html>>.
- LATOUR, Bruno (2008). *Reensamblar lo social*. Buenos Aires: Manantial.
- LIZCANO, Emmanuel (1999). «La metáfora como analizador social» en *Empiria*. Revista de Metodología en Ciencias Sociales, n.º 2, pp. 29-69. Madrid.
- LIZCANO, Emmanuel (2006). *Metáforas que nos piensan. Sobre ciencia, democracia y otras poderosas ficciones*. Madrid: Ediciones Bajo Cero.
- NAJMANOVICH, Denise (2008). *Mirar con nuevos ojos: nuevos paradigmas en la ciencia y el pensamiento complejo*. Buenos Aires: Colección Sin fronteras.
- NAJMANOVICH, Denise (2012). *El mito de la Objetividad* [CD ROM]. Editorial UniRio.
- ROBBINS, Lionel (1944). *Ensayo sobre la naturaleza y significación de la ciencia económica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- SAMUELSON, Paul A. y William D. Nordhaus (2001). *Macroeconomía*. 16.ª edición. Madrid: Mc Graw Hill.
- SAMUELSON, Paul A. y William D. Nordhaus (1993). *Economía*. 14.ª edición. Madrid: Mc Graw Hill.
- SPENCER, Milton (1993). *Economía contemporánea*. Barcelona: Editorial Reverté.

Datos del autor

Leandro Rodríguez (leandrorodriguez1@hotmail.com). Docente e investigador de la Universidad Nacional de Entre Ríos.

